

Así, á fines del año 1819 y principios de 1820, el Perú estaba moralmente revolucionado, en cuanto podía serlo, por los agentes secretos de San Martín y las sociedades patriotas que cooperaban á los trabajos preliminares de zapa de la expedición libertadora que se preparaba en Chile. El virrey, que sentía minado el suelo que pisaba, escribía confidencialmente por este tiempo al embajador español en Río Janeiro: « Como » los enemigos me han dado tiempo y he procurado no perder- » lo, logro hallarme hoy en estado bastante respetable, y no » dudaría de un buen éxito en cualquier terreno que aquellos » me buscasen, si los muchos que hay entre nosotros no » minaran y se empeñaran tanto en favor de ellos con » continuas maquinaciones que alteran la voluntad de no » pocos, atrayéndose partido tanto en esta capital como » en algunas de las provincias interiores. No obstante, » mucho los ha de favorecer su suerte para conseguir su » intento, ejecútenlo por donde quieran, y si lo retardan » me entenderé con ellos de manera que no está en sus » libros » (43).

Un historiador español confirma la existencia de esta sublevación latente del Perú en 1820. « El horizonte estaba » cargado de nubes y amenazaba tempestad. Habían des- » embarcado varios emisarios de San Martín con el objeto » de pervertir el espíritu público y conmover las pro- » vincias, y aunque algunos habían sido aprehendidos, » los más seguían ejerciendo su pestífero influjo. El país » quedó estremecido con el fuego de la seducción de estas » infernales maquinaciones, y se aumentó con el desa- » sosiego del jefe español (el virrey) que tenía que luchar

(43) Borrador autógrafo de carta del virrey Pezuela al conde de Casa-Flores embajador español en Río Janeiro, de 15 de junio de 1819. M. S. (Arch. San Martín, « Correspondencia interceptada », vol. XXXV, núm. 6.)

» más bien con intrigas que con la fuerza, pues temía » fundadamente, que cuando el enemigo presentara la » cara había de contar con el apoyo de la opinión » (44).

IX

El fracaso de la expedición de Osorio en 1818 y las agitaciones sordas de la opinión que empezaron á hacerse sentir desde entonces, habían reducido al virrey Pezuela á una estricta defensiva, según antes se explicó (V. cap. XVIII, § VI), sin encontrar en su ánimo amilanado ideas salvadoras. « La salvación, decía, de estos reales dominios no depende » de los esfuerzos que se hicieren de este virreinato, aun cuan- » do le venga de la Península un refuerzo mucho mayor de » los que está recibiendo de tarde en tarde y por pequeñas » partidas; y no es poco hacer el contener por acá los pro- » gresos del osado y activo enemigo que en todas partes, por » la adhesión de la pluralidad, encuentra prontamente los » auxilios que necesita al paso que por la opuesta razón todo » lo oculta para los ejércitos del rey. La redención debe venir » por el Río de la Plata mismo, si es que no se logra más » pronto por la intervención de los demás soberanos de Eu- » ropa » (45). Y sirviéndose de la clave secreta comunicaba atribulado á su gobierno: « He descubierto una horrorosa » conjuración próxima á estallar en el Callao y Lima. Los » cómplices son muchos. Es casi infalible la próxima venida » de la expedición de Chile á atacar este virreinato por mar

(44) Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 20-21.

(45) Ofi. del virrey Pezuela al embajador en Río Janeiro, de 26 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV.)

» y por tierra (46). Yo no reuno cinco mil hombres para la
 » defensa de esta inmensa costa. Estos datos y la conocida
 » disposición de los ánimos, pintan bastante mi cruel situa-
 » ción y el riesgo de estos países. Mi esperanza finca única-
 » mente en la oportuna llegada de los 2,000 hombres que
 » debían salir en marzo de Cádiz; y si no llegan á tiempo,
 » tocaremos en los extremos de la desesperación » (47).

En este sobresalto vivió el virrey Pezuela por el espacio de dos años, desde 1818 á 1820, esperando por momentos la invasión anunciada. Hombre testarudo, absolutista convenido en política, con cualidades de general que había acreditado en sus campañas del Alto Perú, en el gobierno del virreinato mostró no tener talentos administrativos ni militares como director de la guerra, ni serenidad siquiera para conjurar los peligros de su situación. Vencedor en Sipe-Sipe, había juzgado que era empresa arriesgada invadir las provincias

(46) Se refiere á una de las conjuraciones de los prisioneros de las casas-matas del Callao, de que hemos hecho breve mención en este capítulo (§ VI) al hablar de Bernáldez Polledo. El jefe de ella fué el coronel peruano José Gómez en unión con los oficiales chilenos y argentinos y algunos vecinos del Callao. El plan era apoderarse de la fragata « Venganza » surta en el puerto, próxima á dar la vela, y dirigirse en ella á Valparaíso. Debió estallar en la noche del 21 de julio de 1818, pero traicionados por uno de los conjurados llamado Escobar, sus tres principales autores José Gómez, Nicolás Alcázar y C. Casimiro Espejo fueron ejecutados en Lima el 31 de diciembre de 1818. En « La Revol. de la Indep. del Perú », de Vicuña Mackenna, p. 252 y sig. se dan interesantes detalles sobre esta conjuración.

(47) Despacho cifrado del virrey Pezuela al embajador español en Río Janeiro, de 18 de agosto de 1818. M. S. (Arch. San Martín, vol. XXXV, núm. 6). He aquí una muestra de la clave con que está cifrado este despacho:

Sohg qr lqđth kje lq ros zcbtqt oh lq ro nosbo
 Haré el debido uso de las noticias de la pauta

La expedición á que se refiere este despacho y que constituía su « única esperanza », es la que fué apresada con el convoy de la « María Isabel » tres meses después.

argentinas; pero cuando hubo entregado el mando del ejército del Alto Perú á su sucesor el general La Serna, instó á éste para que la tentase. El vergonzoso rechazo de La Serna por los gauchos de Salta, había comprometido el crédito militar de éste en 1818; pero en esta campaña aprendió una cosa, y fué saber apreciar las raras cualidades de las tropas nativas que hacía seis años sostenían la guerra en pro del rey. Persuadido que el nervio del ejército realista lo constituían los famosos batallones vencedores en la guerra de la Península que le acompañaron, no supo apreciar en un principio el temple del arma que se ponía en sus manos, y pretendió disolver los cuerpos del país interpolando sus soldados con los europeos. Esto le enajenó la buena voluntad de los naturales y produjo dos resultados fenomenales. El primero fué, quitar á la lucha el carácter de guerra civil que hasta entonces tenía por la identidad de los combatientes, y darle el de una guerra nacional contra soldados extranjeros. El segundo fué dividir el ejército en dos bandos; pues como los jefes americanos eran francamente absolutistas, y por eso peleaban contra la independencia, y los europeos eran en su mayor parte decididamente liberales, incluso el general en jefe, de aquí provino una rivalidad que alteró profundamente la constitución moral del ejército realista. Este grave error le ha sido reprochado á La Serna por todos los historiadores españoles y hasta por sus mismos partidarios, y á su deletérea influencia atribuyen el lamentable desenlace de la guerra para las armas españolas (48).

Ante el amago de la expedición de San Martín, todo el conato del virrey fué reforzarse en el Bajo Perú, trayendo á sí parte del ejército del Alto Perú á fin de formar un cuerpo de reserva en Arequipa. De aquí provino una grave desinteli-

(48) Camba: « Memorias », etc., t. I, p. 223-225. — Torrente: « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. II, p. 296-297.

gencia entre el virrey y La Serna, que empezó por destemplan los resortes de la disciplina, y debía ser más tarde el origen de una doble descomposición, que al despojar al gobierno supremo de la colonia de su autoridad legal, destruiría la unidad de acción de los ejércitos realistas del Alto y Bajo Perú, según se verá después. El general, en virtud de su nombramiento real directo, sostenía, que como responsable ante el soberano debía tener su libertad de acción en lo relativo á operaciones militares de su ejército. El virrey pretendía, que como autoridad suprema y director de la guerra debía ser obedecido sin restricciones. Una agria correspondencia oficial sobre estos tópicos y otras accidentales disidencias, se entabló entre ambos, que dió por resultado la renuncia del general. Próximo á regresar La Serna á España, los anuncios de la expedición libertadora de Chile y las instancias de sus compañeros de armas, juntamente con las del mismo virrey, le hicieron desistir de su resolución, y en la época á que hemos llegado hallábase inactivo en Lima. De este modo, el mando del ejército del Alto Perú pasó más tarde al general José Antonio Olañeta, absolutista acérrimo y enemigo declarado de los constitucionalistas, que como discípulo de la escuela de los generales americanos que habían encabezado la reacción realista en el país, y sostenido por un círculo de jefes criollos decididos por la causa del rey, era rival de la preponderancia de los militares europeos y contrario á las opiniones políticas que en su mayoría profesaban. Así se preparaba la doble descomposición que hemos señalado antes, condensándose en dos masas armadas: el liberalismo y el absolutismo español, trasplantado á los ejércitos coloniales.

La influencia del liberalismo español en el desarrollo gradual de la revolución hispano-americana, es un hecho que ha sido señalado como mera coincidencia por unos y como causa eficiente por otros. Algunos historiadores, dominando el conjunto y guiados en el aparente caos de los acontecimientos

por las coincidencias cronológicas, han tomado como hilo conductor las estrechas relaciones políticas entre la metrópoli y sus colonias, para deducir leyes ciertas y explicar su doble acción. En efecto, desde 1808 hasta 1820, los mismo hechos se repiten ó se reflejan con variantes de forma ó de tendencias en Europa y en América, obrando primero la España sobre la América desde 1808, ya por la acción del liberalismo, ya por la del absolutismo, hasta que en 1817, al atravesar San Martín los Andes, la idea de la independencia toma forma propia en las colonias y éstas reaccionan á su vez sobre la madre patria (49).

En el Perú fué donde con más intensidad se hizo sentir en el orden militar la doble acción del liberalismo, por efecto de la composición heterogénea y la distribución territorial de los ejércitos que lo defendían. Mientras en el Alto Perú se reconcentraban los cuerpos realistas compuestos de naturales del país, con jefes de opiniones absolutistas á su cabeza, en el Bajo Perú se reunían todos los cuerpos europeos, con generales peninsulares prestigiosos señalados por sus ideas liberales, en abierta oposición con las que profesaba el virrey. De estos generales, — que pronto veremos entrar en acción, — conocemos ya á La Serna, en cuyas manos debía mantenerse alzado y abatirse al fin el último pendón real en América. Desempeñaba el puesto de jefe de estado mayor, el general José Canterac, francés de origen, carácter espontáneo y generoso, que por sus conocimientos especiales era considerado como el maestro de la caballería realista. Seguían otros de menor importancia por entonces, entre los que se contaban los jefes superiores, Mariano Ricafort, Baldomero Espartero, José Carratalá, José Santos La Hera, Juan Loriga y Andrés García Camba, el futuro historiador militar éste delo tra-

(49) Véase Gervinus: « Hist. du XIX siècle », t. VI, p. 450 y sig.

bajos de sus compañeros de armas. Dominaba este grupo, por su carácter y su inteligencia, el coronel Jerónimo Valdés, asturiano, que á la sazón contaba treinta y seis años de edad. Era el Bayardo del ejército español, que según la expresión de un adversario suyo, hacía recordar los heroicos militares de Carlos XII. Tipo original por su carácter austero, tan desinteresado como humano, y tan activo como resuelto, poseía á la par de un espíritu bastante cultivado una alma intrépida y serena. Era, en suma, un hombre de guerra con verdadero genio militar en su esfera, que á la inversa de La Serna estimaba en alto grado las tropas indígenas, cuyas raras cualidades para la guerra de montaña supo utilizar, haciéndose amar de ellas, y que ha dejado en América la reputación del más temible y del más noble de sus adversarios.

Los ejércitos que por entonces defendían el Perú bajo la bandera del rey de España, alcanzaban á veinte y tres mil hombres, según declaración de los mismos españoles fundada en documentos oficiales. Sus dos grandes núcleos, sin contar las guarniciones de las fortalezas y tres divisiones volantes, lo constituían el ejército del Bajo Perú que defendía á Lima, fuerte de más de ocho mil hombres, y el del Alto Perú que pasaba de siete mil (50). En su totalidad estas fuerzas representaban cinco tantos y cada uno de sus núcleos aislada-

(50) Según el mismo virrey Pezuela, el ejército que defendía la costa del Bajo Perú cuando San Martín invadió con 4,000 hombres (que él computa en 4,500), constaba de 7,815 plazas, sin incluir 400 que guarnecían á Lima, 150 en Cañete y 296 en la costa de Chancay, ó sean 8,661 hombres, más del doble del ejército invasor. (Manifiesto, etc., de Pezuela, p. 17 y VII y IX.) García Camba, en oficio de 17 de agosto de 1820 dirigido al mismo virrey, que éste inserta en el apéndice de su Manifiesto, da al ejército de operaciones del Bajo Perú 7,008 hombres « prontos para formar. » (Manifiesto cit., p. LXV.) Según Torrente en su « Hist. de la Revol. Hisp. Amer. », t. III, p. 23 y 56, que el sólo ejército del Alto Perú « se componía de 6,000 á 7,000 hombres de tropas escogidas. » El mismo historiador español determina la cifra de 23,000 hombres que defendían el Perú, apuntada en el texto. « Sin la adhesión de

mente, el doble del ejército invasor con que iban á combatir. Según documentos auténticos, confrontados con los hechos, el ejército expedicionario de San Martín, apenas pasaba de cuatro mil hombres,—dos mil argentinos y dos mil chilenos.

Tal era la situación política y militar del Perú al tiempo de emprender San Martín la expedición libertadora en 1820, y tales las fuerzas de los beligerentes que iban á medirse en el último campo de batalla de la independencia americana.

» los pueblos á los principios subversivos no habría sido posible que un
 » ejército extranjero de 4,500 hombres (4,000) hubiera hecho tantos pro-
 » gresos contra un gobierno arraigado por el dominio de 300 años y de-
 » fendido por 23,000 soldados valientes, mandados por hábiles generales
 » y esforzados oficiales. » (Torrente « Historia » citada, t. III, p. 58). —
 El coronel Ballesteros, historiador realista que sirvió en el ejército espa-
 ñol y escribió en Chile, en su « Revista sobre la guerra de la independen-
 cia de Chile », da las siguientes cifras sobre el ejército que por este
 tiempo defendía el Perú: En el Callao y Lima, 7,815 hombres; en Pisco,
 Cañete y Chancas 700. En el Alto Perú, 6,000. En Arequipa, Trujillo,
 Guayaquil, Guamanga, Cuzco y Jauja, 8,885. Total: 23,300 hombres.